

DOMINGO III TIEMPO ORDINARIO, CICLO B

EL CAMINO VERDADERO

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Éxodo 20, 1-17; I Corintios 1, 22-25; Juan 2, 13-25.

1. Estamos celebrando ya el tercer domingo del tiempo ordinario, y los cristianos en todo momento somos llamados a la santidad por Dios, el cual, además de ser la verdad absoluta, es amor infinito y permanente hacia cada uno de nosotros. A este propósito, predicaba san Josemaría: *Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.* Descubrir esto, ayudará, sin lugar a duda, a que la vida de cada uno de nuestros días -luminosos u oscuros-, vivida de cara a Dios, se transforme en amor al solo Dios verdadero, cumpliendo sus mandatos y, por ello, convirtiéndola en adoración y alabanza, en acción de gracias, en pedir perdón por los pecados, sean nuestros o de los demás, y en interceder por nuestros hermanos, viviendo de esa manera la caridad fraterna.

La lectura primera, cuyas palabras, como afirma el salmo responsorial, son palabras de vida eterna por ser de Dios, recoge uno de los dos formularios que del Decálogo hay en la Biblia. El otro se encuentra en el libro del Deuteronomio. Está fuera de toda duda que, si el Señor dio los diez Mandamientos a su Pueblo, antes de la venida de Cristo, para que los cumplieran, y sigue vigente su valor en el Nuevo Testamento no es porque Dios quiera complicar la vida del hombre poniéndole barreras. Es porque, dado el amor que tiene al ser humano, le ha puesto unos indicadores o límites, que le señalan dónde está la verdad que salva y libera, y dónde está el bien moral, que es capaz de hacer felices a sus hijos.

2. Los humanos venimos al mundo no para perpetuar nuestra existencia en la tierra, ni para que esta vida termine con nuestra estancia en este suelo que pisamos. Venimos a nuestro mundo como peregrinos caminantes que nos dirigimos a *otra ciudad*, que es permanente, porque la de aquí abajo es sólo pasajera, para un tiempo, y no para siempre. Así lo enseña la carta a los Hebreos y la Iglesia con ella. Sólo *en esa ciudad* se encuentra la vida feliz, perdurable, eterna, porque únicamente en ella se encuentra y se alcanza la Suma Verdad y el Sumo Bien, los únicos capaces de llenar el corazón humano de esa felicidad que en todo va buscando, mientras hace su camino histórico. Esa ciudad única es el cielo, y la Verdad y el Bien Sumos es nuestro Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Por encima de cualquier otra meta, conseguir llegar al cielo ha de ser el objetivo último, que hemos de intentar alcanzar, si queremos vivir la vida mortal de manera acertada y sensata. Con mucha sabiduría dice el refrán popular: *el que se*

salva, sabe; el que no, no sabe nada. Y el mismo Jesús nos dijo: *¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si al final pierde su vida?* El hombre o mujer verdaderamente inteligentes, responsables y llenos de sabiduría serán, en definitiva, quienes alcancen la total felicidad en el cielo junto a Dios.

3. Para que un objetivo se pueda alcanzar se requieren dos condiciones, ambas necesarias: elegir los medios adecuados y llevarlos a la práctica. Para llegar a una ciudad hay que elegir la carretera o camino acertado y caminar al ritmo conveniente. Esto mismo ocurre con la meta u objetivo del cielo: es imprescindible elegir el camino verdadero que conduce a él y caminar poniendo de nuestra parte lo que nos corresponde.

Dada la permanente inclinación del hombre al error y al mal, a éste le resultaba muy difícil descubrir con la sola luz de la razón el verdadero camino que le condujera al cielo. Por esta razón, Dios quiso comunicárselo, revelárselo. Y eso es el Decálogo, los Mandamientos de la Ley de Dios: camino que, recorrido con la ayuda del Dios y esfuerzo personal, tiene como final ver a Dios tal cual es, cara a cara, y ser felices del todo y para siempre.

4. Dios no es para nosotros un *"complica vidas"*. Dios, al darnos sus mandamientos, no quiere ni disminuir ni violentar nuestra libertad. Lo que quiere, precisamente porque nos ama, es indicarnos por dónde hemos de caminar libremente para no errar en la vida, y hacer de ella un acierto total, consiguiendo el fin último para el que fuimos creados, que nos es otro que alcanzar la salvación eterna. Cada mandamiento no es una señal prohibitiva, es más bien, un indicador que nos señala el camino a seguir para no equivocarnos.

El camino es bien claro, el camino verdadero son los Mandamientos del Señor. Pero no basta con conocer el camino. Se requiere, además, andarlo, es decir, esforzarse todos los días, con la ayuda de nuestro Señor, para cumplirlo los preceptos del Señor con fidelidad y entrega, aunque cuesten, o alguno de ellos cueste de manera especial. Habrá siempre debilidades, tropiezos y caídas, incumplimientos y pecados, pero, si mantenemos el compromiso de querer seguir en el camino de los Mandatos de Dios, nos levantaremos siempre, comenzaremos y recomenzaremos las veces que haga falta, aceptando con humildad nuestras derrotas, recibiendo el sacramento de la Confesión y fortaleciendo los *músculos* de nuestra alma con el alimento de la oración, de la Palabra de Dios y de la Eucaristía.

5. A la Virgen, fiel cumplidora de la voluntad de Dios, le pedimos que, con su ayuda maternal, intentemos cada día ser fieles en el cumplimiento de los Mandamiento de la Ley de Dios.